

Resumen

El hogar y la ciudad son dos dimensiones escalares diferentes del hábitat humano que están fuertemente interconectadas. El confinamiento pandémico no sólo lo ha puesto de manifiesto, sino que en muchos casos ha llevado al límite las situaciones espaciales, dejando al descubierto la dinámica del hogar y su complejidad ecológica. La casa contemporánea es, por su propia naturaleza, *tentacular*: no se explica ni se agota en sí misma, sino que se extiende *tentacularmente* hacia la ciudad y su entorno, estableciendo con ellos una serie de vínculos osmóticos que le permiten sobrevivir. Este ensayo desea demostrar que los entornos en los que vivimos son siempre espacios negociados entre humanos y no humanos, al margen de las instancias de imposición de determinadas formas de hacer arquitectura: de hecho, a pesar de que las intenciones de diseño tienden a ser prescriptivas y normativas, la construcción de los lugares siempre se produce gracias a un proceso de negociación entre diversos actores.

Paraules clau: arquitectura transescalar, vivienda, ciudad, pandemia, ecología.

Abstract

The home and the city are two different scalar dimensions of human habitat that are strongly interconnected. Pandemic lockdown has not only made this clear, but in many cases has pushed spatial situations to the limit, uncovering the dynamics of the home and its ecological complexity. The contemporary dwelling is, by its very nature, *tentacular*: it is neither self-explanatory nor self-exhausted, but extends *tentacularly* towards the city and its surroundings, establishing with them a series of osmotic links that allow it to survive. This essay aims to demonstrate that the environments in which we live are always negotiated spaces between humans and non-humans, regardless of the instances of imposition of certain ways of doing architecture: in fact, although design intentions tend to be prescriptive and normative, the construction of places always takes place thanks to a process of negotiation between various actors.

Keywords: trans-scalar architecture, housing, city, pandemic, ecology.

El continuo intercambio de información, actividades y recursos energéticos y materiales permite establecer una especie de equilibrio dinámico entre la entidad doméstica y todo lo que la rodea. Los suministros eléctricos, los sistemas hidráulicos, las condiciones climáticas, las redes de datos, la distribución de alimentos, etc., generan un proceso homeostático en el que la vivienda es uno de los nodos de un intrincado sistema ecológico. No es casualidad que introduzcamos aquí el concepto de homeostasis, tomándolo prestado de la biología porque, en efecto, el hogar funciona como un organismo, dentro del cual se desarrollan actividades, que se regula a sí mismo en el continuo intercambio de flujos de energía e información con el mundo exterior según un mecanismo homeostático. Las condiciones domésticas materiales e inmateriales perduran en el tiempo y mantienen una cierta constancia gracias al suministro continuo de energía, al intercambio de información y a la circulación continua de personas y bienes materiales, entre ellos los alimentos.

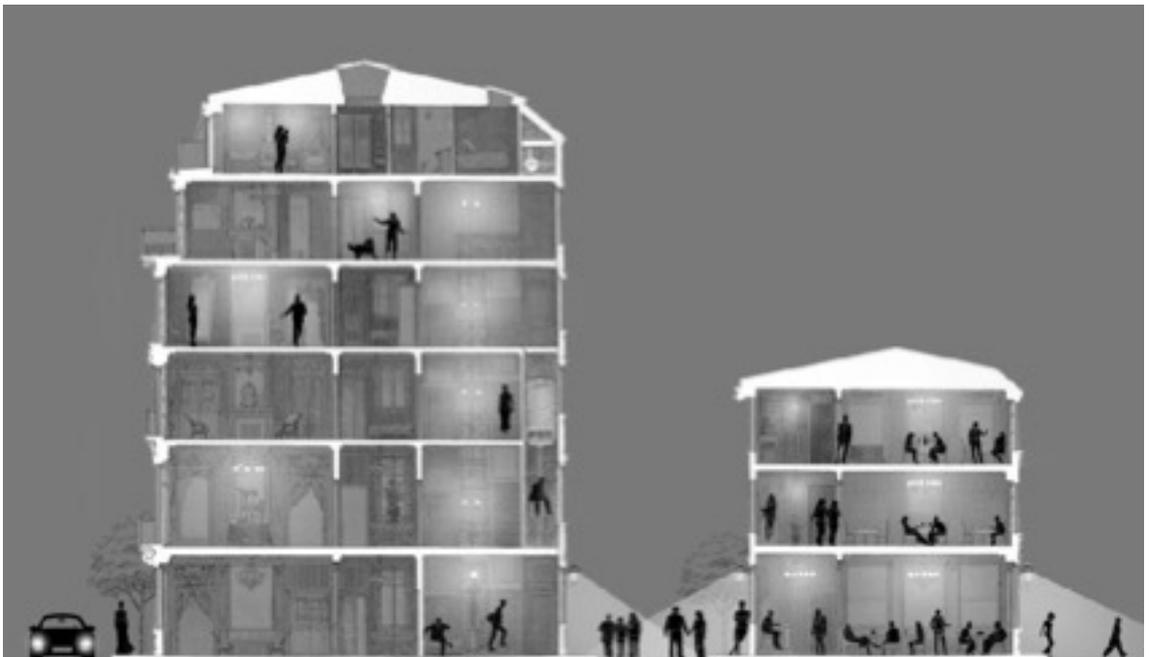
La casa y la ciudad viven, coexisten: en condiciones de normalidad, la casa es el espacio privado en el cual la comunidad humana se retira cuando no usa los espacios proporcionados por la ciudad. Gimnasios, escuelas, restaurantes, escuelas etc., son lugares de una casa que está dispersa y difuminada en la ciudad (imágenes 1, 2 y 3).

Sin embargo, los periodos de confinamiento pandémico han suspendido en cierta medida el flujo normal de estas entidades, congelando las dinámicas y las actividades habituales de la vida cotidiana. Además, la repentina congelación de la mayoría de las actividades laborales y educativas que se realizaban fuera del hogar interrumpió el flujo de personas que habitualmente se desplazaban para trabajar o estudiar. En otras palabras, podríamos decir que la agentividad de la pandemia provocó efectos inmediatamente evidentes en el movimiento de las cosas y las personas. Por otro lado, las redes de energía y los sistemas de información y datos pudieron seguir circulando libremente. ¿Qué pasó con la casa y la ciudad? Obviamente, las condiciones físicas de la vivienda no podían cambiar ni cambiaron. Sin embargo, en muchos casos, el sistema organizativo del hogar ha cambiado profundamente, y se ha replanteado y utilizado de forma alternativa o incluso, en algunos casos, completamente inusual. Algunos datos estadísticos nos ayudarán a comprender determinados fenómenos domésticos y urbanos, vincu-

lados a una especie de compresión del hábitat humano, y a analizar los efectos de la pandemia en la percepción y el uso del espacio habitado.



2. Hogares y espacio público durante el día antes de la COVID (© Living Sphere)



3. Hogares y espacio público durante la noche antes de la COVID (© Living Sphere)

La casa cyborg

Una de las consecuencias de la pandemia de coronavirus es que, por primera vez en varios años, el consumo de electricidad ha disminuido en todas partes. La IEA (International Energy Agency) estima que para finales de año la caída de la demanda energética podría superar incluso la registrada tras la crisis económica de 2008, la más grave en años. Según la IEA¹, en 2020, las restricciones impuestas para contener la propagación de las infecciones por SARS-CoV-2 provocaron una reducción del consumo de electricidad, especialmente en Europa, Estados Unidos e India. En promedio, durante los periodos de confinamiento *completo*, la caída de la demanda fue del 20% en comparación con el mismo periodo de 2019. Como también se explica en un informe de consumo de la Comisión Europea², que documentó una caída media del 3,2% en el primer cuatrimestre de 2020, según la IEA, el consumo de electricidad en los hogares aumentó, pero no compensó la importante reducción del consumo a nivel industrial, debido al cierre, aunque temporal, de muchas plantas en toda Europa.

Analicemos una segunda estadística, esta vez relativa al tráfico de datos en Internet. También en este caso se ha producido un aumento considerable del consumo doméstico, que se ha incrementado en torno al 30%, según los informes publicados por el BEREC (Body of European Regulators for Electronic Communications) relativos al periodo de cierre generalizado en marzo de 2020³. La red sufrió un aumento drástico del consumo, hasta el punto de que se temió por la capacidad de resistencia de la propia red al someterse a un estrés inesperado.

Un dato más: como todos recordamos, el confinamiento provocó el cierre de casi todas las actividades comerciales, salvo las que se consideraban esenciales para sobrevivir en aquel durísimo momento; esto provocó una importante disminución de las transacciones comerciales de todas aquellas actividades que se vieron obligadas a cerrar.

¹ <https://www.iea.org/reports/global-energy-review-2020/electricity#abstract>

² https://ec.europa.eu/energy/sites/ener/files/qr_electricity_q1_2020.pdf

³ https://berec.europa.eu/eng/document_register/subject_matter/berec/reports/9260-berec-summary-report-on-the-status-of-internet-capacity-regulatory-and-other-measures-in-light-of-the-covid-19-crisis

Sin embargo, mientras que por un lado vimos como varias entidades económicas tuvieron que cerrar literalmente sus locales físicos, por otro lado, muchas actividades en la red experimentaron un importante aumento del volumen de negocio a través del comercio electrónico⁴. La imposibilidad de desplazarse a los locales comerciales físicos provocó un desplazamiento de los clientes/usuarios potenciales hacia las plataformas comerciales en línea. Dentro de este amplio universo de transacciones comerciales electrónicas, desempeñó un papel especial la entrega de comida a domicilio, que permitió a restaurantes, pizzerías y bares seguir prestando sus servicios y, en cierto modo, llevó la restauración al ámbito doméstico.

Por supuesto, hay muchas otras estadísticas y recopilaciones de datos que cuentan la historia del periodo pandémico y que han *fotografiado* el estado excepcional en el que nos encontramos a nivel mundial. Sin embargo, los que hemos referido son útiles para reconstruir una narrativa del hogar y de la ciudad desde una perspectiva inusual y, en cierto modo, irrepetible.

¿Qué nos dicen estos datos? En pocas palabras, estos fenómenos hablan de un entorno doméstico que se ha comprimido repentinamente y que ha acogido una gran parte de las actividades que solían tener lugar en el exterior, en un entorno predominantemente urbano. Decíamos al principio que la vivienda es tentacular porque, aunque se configure como un ámbito espacial claramente identificable, necesita extender ciertas dinámicas internas fuera de sí misma, estableciendo una serie de vínculos esenciales con el ecosistema urbano circundante. La súbita parálisis de las actividades humanas provocada por el confinamiento pandémico interrumpió las habituales relaciones *tentaculares*, forzando la esfera doméstica a una especie de implosión autárquica (imágenes 4 y 5).

Sin embargo, es evidente que la autosuficiencia total del hogar es casi imposible, y el confinamiento lo ha puesto claramente de manifiesto: de hecho, el hogar y la ciudad son dos dimensiones escalares diferentes de la vida que están fuertemente interconectadas. Mientras que el

⁴ https://www.wto.org/english/tratop_e/covid19_e/e-commerce_report_e.pdf

consumo industrial de electricidad se ha reducido drásticamente, todas las personas que están en condiciones de hacerlo han convertido su trabajo en *smart working* o trabajo inteligente. El consumo de energía se ha trasladado, en parte, al hogar, que se ha convertido en un sustituto del lugar de trabajo.

Las variaciones en el consumo de electricidad son indicativas de una ciudad que se quedó casi exangüe y trasladó su propia dinámica al hogar; al igual que las fluctuaciones en el tráfico de Internet fueron el efecto de una sociedad que tuvo que reorganizar sus relaciones sociales, el ocio, la escuela, etc. en torno a la red. Internet se convirtió en un protagonista paralelo de nuestras vidas que, hasta hace algún tiempo, se desarrollaban en un entorno físico tangible. El confinamiento trasladó gran parte de la vida cotidiana corpórea a su sustituto online: la pantalla de nuestros dispositivos electrónicos se ha convertido durante meses en la interfaz no humana entre los humanos.



4. Hogares y espacio público durante el día en el confinamiento (© Living Sphere)



5. Hogares y espacio público durante la noche en el confinamiento (© Living Sphere)

Evidentemente, no se trata de un fenómeno nuevo provocado por la pandemia, pero la presencia del coronavirus, y el llamado distanciamiento social, ha puesto de manifiesto la dimensión cyborg en la que estamos inmersos desde hace tiempo. De hecho la casa, la ciudad y nosotros formamos un sistema cyborg: vivimos con y gracias a extensiones no humanas que nos permiten habitar el mundo en el que actuamos (Haraway 2016). Por un lado, captamos, manipulamos y transformamos el mundo gracias a ciertas extensiones mecánicas y electrónicas; por otro, nuestras vidas dependen sustancialmente, por ejemplo, del microbioma⁵ que habita en nuestro interior y nos permite sobrevivir (Morton 2016).

⁵ El microbioma es el conjunto de microorganismos que pueblan, literalmente, el cuerpo humano y viven en simbiosis con él.

Una idea ecológica del espacio

En un momento crítico como el de la pandemia, estos fenómenos ligados al hogar y a la ciudad explican muy bien lo que es el entorno doméstico y su sistema de relaciones internas y externas, y ponen en cuestión las ideas mecanicistas y funcionalistas que suelen ser la base paradigmática de las reflexiones sobre el vivir. De hecho, se trata de una actividad compleja que, obviamente, concierne al ser humano, pero que implica a muchos más actores enredados en un sistema ecológico. También otras culturas y comunidades humanas ven el espacio de la casa como un nudo de una red de relaciones, como por ejemplo los indígenas Achuar de la Amazonia, que interpretan la casa como el centro periódicamente desplazado de una red de recorridos, el hogar desde el que se realiza el uso del espacio que la rodea (Descola, 1986: 156).

Además, las categorías modernas de referencia que han definido el entorno espacial humano durante los dos últimos siglos han sido radicalmente cuestionadas (Burgio, Living Sphere 2021), no por teorías abstractas, sino por la evidencia de los hechos. Las condiciones límite, las pruebas de estrés a las que se sometieron el hogar y la ciudad durante la pandemia, han sacado a flote lo que en cierta medida ya sabíamos.

Las categorías de referencia y los relatos correspondientes de la modernidad de matriz occidental llevan mucho tiempo en entredicho; sin embargo, el acontecimiento de la pandemia ha hecho aún más necesario revisar de manera fundamental las herramientas intelectuales que utilizamos para entender el mundo en el que vivimos. Un claro ejemplo de ello es la idea de espacio y lugar: el primero entendido como un concepto abstracto, geométrico y matemático; el segundo interpretado como la ubicación concreta y contingente del primero. En realidad, esta especie de hendíadis conceptual de la espacialidad está fuertemente cuestionada, como sostiene Timothy Morton: «“Space” has revealed itself as the convenient fiction of white Western imperialist humans [...]. The Euclidean concept that space is a container with straight lines is good enough to be getting on with if you want to voyage around the coast of Africa to reach the Spice Islands. Space in this sense has collapsed, and place has emerged in its truly monstrous uncanny dimension, which is to say its nonhuman dimension [...]. Our sense of planet is not a cosmopolitan rush but rather the uncanny feeling that there

are all kinds of places at all kinds of scale: dinner table, house, street, neighborhood, Earth, biosphere, ecosystem, city, bioregion, country, tectonic plate. Moreover and perhaps more significant-ly: bird's nest, beaver's dam, spider web, whale migration pathway, wolf territory, bacterial microbiome. And these places, as in the concept of spacetime, are inextricably bound up with different kinds of timescale: dinner party, family generation, evolution, climate, (human) "world history", DNA, lifetime, vacation, geology; and again the time of wolves, the time of whales, the time of bacteria. So many intersecting places, so many scales, so many nonhumans» (Morton, 2016: 10)⁶.

La mesa, la casa, la calle, el barrio, la Tierra, la biosfera, el ecosistema, la ciudad, dice Morton; y de hecho es difícil hablar de una única dimensión espacial: nos movemos entre diferentes escalas en un espacio-tiempo complejo en el que las partes individuales del sistema están inextricablemente interconectadas. La mesa y la ciudad, por ejemplo, aunque parecen ser dos entidades separadas y distantes, en realidad mantienen una red de intensas relaciones entre sí; además, ambas las establecen con otras entidades humanas y no humanas a diferentes escalas espacio-temporales.

En definitiva, estamos ante un fenómeno que de forma muy potente nos presenta –a los seres humanos– la dimensión ecológica de un espacio que no es sólo nuestro: la pandemia es uno de los muchos fenómenos que nos ha mostrado que la construcción del espacio y la creación de mundos son una coconstrucción y cocreación. No somos los únicos que creamos mundos: «Making worlds is not limited to humans. We know that beavers reshape streams as they make dams, canals, and lodges; in fact, all organisms make ecological living places, altering earth, air, and water. Without the ability to make workable living arrangements,

⁶ «El "espacio" se ha revelado como la ficción conveniente de los humanos imperialistas occidentales blancos [...]. El concepto euclidiano de que el espacio es un contenedor con líneas rectas es lo suficientemente bueno como para seguir adelante si se quiere viajar alrededor de la costa de África para llegar a las Islas de las Especies. El espacio en este sentido se ha colapsado, y el lugar ha surgido en su dimensión verdaderamente monstruo-sa y siniestra, es decir, su dimensión no humana [...]. Nuestro sentido del planeta no es un apuro cosmopolita, sino más bien la sensación inquietante de que hay todo tipo de lugares a todo tipo de escala: la mesa, la casa, la calle, el barrio, la Tierra, la biosfera, el ecosistema, la ciudad, la biorregión, el país, la placa tectónica. Además, y quizás más significativo: el nido de pájaro, la presa de castor, la telaraña, la ruta de migración de las ballenas, el territorio de los lobos, el microbioma bacteriano. Y estos lugares, como en el concepto de espacio-tiempo, están inextricablemente ligados a diferentes tipos de escala de tiempo: la cena, la generación familiar, la evolución, el clima, la "historia del mundo" (humano), el ADN, la vida, las vacaciones, la geología; y de nuevo el tiempo de los lobos, el tiempo de las ballenas, el tiempo de las bacterias. Tantos lugares de intersección, tantas escalas, tantos no humanos». (Traducción de Gianluca Burgio).

species would die out. In the process, each organism changes everyone's world. Bacteria made our oxygen atmosphere, and plants help maintain it. Plants live on land because fungi made soil by digesting rocks. As these examples suggest, world-making projects can overlap, allowing room for more than one species. Humans, too, have always been involved in multi-species world making. [...] Humans shape multi-species worlds when our living arrangements make room for other species». (Tsing, 2015: 22)⁷. En esta lógica multiespecie, el virus SARS-CoV-2 ha contribuido junto con nosotros a cambiar el hábitat en el que estamos inmersos: sorprendentemente, entre las muchas especies con las que negociamos nuestra forma de vida en la tierra, los virus también forman parte de la red ecológica que define el hábitat humano.

Asomarse a la pandemia

En un momento en el que el mundo ha avanzado a cámara lenta a causa de la pandemia, el hecho de estar en la ventana, o más exactamente en sus adyacencias, ha generado dos estados de ánimo contrastados e incluso opuestos: por un lado, el confinamiento ha provocado un deseo de estar conectado con el mundo exterior, del que hemos sido alejados a la fuerza, y por otro, una sensación de malestar. La consecuencia más inmediata fue la búsqueda de protección contra el enemigo invisible que amenazaba –y quizás sigue amenazando– nuestra salud.

La capacidad de acción del virus ha afectado a nuestras actitudes y a la forma de enfocar las cosas y, en general, a la manera de vivir nuestros espacios cotidianos. En este caso concreto, el virus ha cambiado el uso de la ventana: ha modificado nuestra forma de ver y mirar al exterior; además, nos ha mostrado cómo un objeto ordinario puede cambiar radicalmente su capacidad de interacción con los demás actores del entorno en el que está inmerso. Entre los diversos elementos del espa-

⁷ La creación de mundos no se limita a los humanos. Sabemos que los castores remodelan los arroyos al hacer presas, canales y refugios; de hecho, todos los organismos crean lugares de vida ecológicos, alterando la tierra, el aire y el agua. Sin la capacidad de crear espacios vitales viables, las especies se extinguirían. En el proceso, cada organismo cambia el mundo de todos. Las bacterias crearon nuestra atmósfera de oxígeno, y las plantas ayudan a mantenerla. Las plantas viven en la tierra porque los hongos crearon el suelo al digerir las rocas. Como sugieren estos ejemplos, los proyectos de creación del mundo pueden solaparse, dando cabida a más de una especie. Los humanos también han participado siempre en la creación de mundos multiespecies. [...] Los seres humanos configuran mundos multiespecies cuando nuestra forma de vida deja espacio a otras especies. (Traducción de Gianluca Burgio).

cio doméstico, ciertamente la ventana ha sido llevada a una situación de uso extremo, ya que, junto con los balcones, se ha convertido en el principal punto de contacto con ese exterior que nos fue negado durante algún tiempo.

Una de las principales funciones de la ventana es, sin duda, permitir que la luz, elemento esencial para la vida, entre en el interior de la arquitectura. La luz cambia nuestra percepción de las cosas que nos rodean: desde las primeras horas del día hasta el atardecer las sombras y los reflejos en los objetos sugieren, como un reloj, el paso del tiempo. La ventana funciona también como un filtro que regula, según las necesidades del usuario, el intercambio con el mundo exterior, los fenómenos naturales y las miradas que llegan desde fuera. Los elementos combinados con las ventanas que cumplen esta función son numerosos, y varían según el tipo de relación que se quiera conseguir con el exterior.

El tipo, la forma y el material de las ventanas influyen mucho en el espacio doméstico y en la idea de habitar. La ventana es un dispositivo que amplía la esfera íntima del ser humano, y conecta unos espacios domésticos singulares con otros, creando una especie de tejido/red (*an entanglement*) formado por líneas invisibles entre las viviendas, los que las habitan y el ambiente exterior (Yoshiharu Tsukamoto Laboratory, Tokyo Institute of Technology 2011). Estas líneas imperceptibles hacen que la ventana esté *viva*, creando una especie de movimiento aparente: la persona que se asoma a la ventana está al mismo tiempo dentro y fuera de su propio espacio, porque le permite salir sin abandonar su posición.

Un ecotono arquitectónico

Retomando las reflexiones de Tim Ingold, tanto las casas como las habitaciones pueden pensarse como burbujas que pueden expandirse, contraerse, ensancharse y encogerse (Ingold, 2015: 3-8): no tanto desde un punto de vista estrictamente físico –ya que las paredes de un espacio arquitectónico no poseen esta flexibilidad–, sino desde el punto de vista del uso, que puede variar y provocar una especie de metamorfosis de la percepción espacial. Estas delicadas esferas están formadas por un interior y un exterior separados por varias superficies

– las ventanas y los balcones –que actúan como una especie de filtro que permite el diálogo entre lugares diferentes, pero contiguos. Las ventanas pueden interpretarse como un dispositivo de transición que crea un entorno intermedio entre dos ecosistemas, dos ambientes no homogéneos abiertos al diálogo entre ellos (el interior doméstico y el exterior urbano y medioambiental).

Un concepto que puede ser útil para explicar esta peculiar condición de las ventanas es el *ecotono*. Los ecólogos definen el ecotono como una zona de transición que desempeña un papel estratégico cuando una comunidad pasa de un ecosistema a otro. Un ecotono se define como cualquier lugar situado en el límite de dos ecosistemas ricos en diversidad biológica. Si queremos establecer un paralelismo con el hábitat humano podríamos decir que, si el interior es el ámbito doméstico, el lugar donde los diferentes actores se mueven y viven en su hábitat, y el exterior es el mundo de fuera, el *bosque* rico en biodiversidad, el ecotono no puede ser más que la ventana y el balcón, membranas y fulcro de separación, tal y como lo definen Alban Janson y Florian Tigges (2014: 361-365).

La idea es entender qué ha cambiado en el modo de vida postpandémico y cómo, en general, ha variado nuestra forma de relacionarnos con los objetos cotidianos. La relación con la ventana se ha intensificado y esto ha supuesto la alteración de su función definida como principal. Esta nueva condición ha tenido una repercusión en la relación que la ventana–dispositivo ha establecido con nuestro cuerpo. De forma inconsciente acercamos al umbral de la ventana y de los balcones muchas de esas acciones que solíamos realizar en otras zonas de la casa. Muchos factores contribuyeron a esta actitud durante el confinamiento y, entre ellos, está sin duda la luz del sol que, con su calor, nos reconfortaba en los fríos días de marzo, pero también creaba la ilusión de una relación directa con el mundo exterior que se nos negaba durante aquellos días. La concentración de las numerosas acciones en ese nuevo lugar anuló la sensación de inmovilidad que implica estar, literalmente, en la ventana. Las condiciones extremas que experimentamos nos indujeron, pues, a *renegociar* la condición estática para hacerla transitar hacia una nueva dimensión dinámica, en su mayor parte imprevista. El dinamismo generado por las acciones y los movimientos que allí se concentraron han definido y diseñado un *nuevo* espacio.

En cierto modo, podemos decir que hemos asistido a la metamorfosis de las ventanas y los balcones y, en consecuencia, también del umbral. Este último es al mismo tiempo un límite, un lugar de paso, e incluso una barrera (Janson, Tigges 2014: 331). El concepto de umbral, tal y como se ha definido, ha sufrido un vuelco. La naturaleza de esta frágil frontera y débil membrana transitoria se ha visto alterada, convirtiéndose en un espacio peculiar generado por una multitud de nuevas acciones, antes impensables en ese mismo espacio. De este modo, un elemento que siempre había sido considerado únicamente como un dispositivo de separación entre el interior y el exterior se convirtió en un lugar vivido y conectado con el exterior, pero también en una plaza, en un lugar de encuentro, o incluso en el lugar del encuentro con el otro. Nos hemos vuelto a encontrar allí, compartiendo un café, bebiendo una copa de vino, tomando un aperitivo, cantando el himno nacional, charlando, hablando, bailando y, en algunos casos, incluso enamorándonos. Es como si el marco de la ventana se hubiera ampliado para dar cabida a todas estas acciones –hasta ahora inusuales para este elemento arquitectónico– que ahora encuentran el lugar ideal para desarrollarse.

La ventana así concebida ya no es una simple pantalla, un marco que nos convierte en espectadores de las escenas que tienen lugar ante nuestros ojos, sino que pasa de ser un espacio privado y doméstico a un espacio público, formando parte de la red de flujos y conexiones propias de la ciudad.

Periferias domésticas

Esta condición de *compresión* espacial provocada por la pandemia ha generado interesantes dinámicas en el uso de lugares y objetos que, en algunos casos, se han transformado en algo diferente al uso para el que estaban destinados. En otras palabras, los espacios y los objetos se han utilizado para actuaciones de distinta naturaleza, demostrando además que el significado de las cosas, y por tanto también su diseño, no depende tanto de su *objetualidad* o de su forma, sino de la potencial performatividad que pueden expresar. Los usos alternativos de ventanas y balcones demuestran que la casa, la ciudad y cualquier otro lugar esconden posibilidades y capacidades de acción que van más allá de las etiquetas funcionales que estamos acostumbrados a asignar a los obje-

tos. No es casualidad que durante el cierre las ventanas y los balcones hayan tenido una especie de renacimiento: se descubrió que pueden convertirse en verdaderos espacios públicos, lugares de lectura, salas de estar, restaurantes o incluso salas de conciertos.

Hemos experimentado las *affordances* (Gibson 1979) de entornos que, durante los dos últimos siglos aproximadamente, se han considerado elementos puramente funcionales. La racionalidad arquitectónica moderna aplicada al espacio ha hecho que las habitaciones se identifiquen por una actividad específica: de ahí la idea de una especie de zonificación funcional del entorno doméstico dividido en cocina, salón, dormitorios, pasillos, balcones, etc. Esta visión privilegia claramente la función y no tiene en cuenta todos los demás posibles usos alternativos o incluso híbridos. El diseño arquitectónico se ha guiado por estos principios y, con mucha frecuencia, no ha producido lugares para vivir, sino agregaciones de cajas espaciales, resultado de hipótesis funcionalistas y conceptos euclidianos, como ya explicó Timothy Morton.

Desde este punto de vista, los llamados espacios de servicio, como los pasillos, se han concebido y realizado como entornos de tránsito cuya única tarea es permitir el paso de un área funcional a otra. Las consecuencias del diseño de esta concepción son, en muchos casos, espacios estrechos, infrautilizados, a menudo mal ventilados y mal iluminados y, además, considerados marginales y subordinados al resto de los entornos. Los periodos de confinamiento pandémico han supuesto la revitalización de algunos de estos lugares que, de periferias domésticas marginales, se han transformado en entornos en los que se pueden desarrollar las más diversas actividades: pasillos, recibidores, vestíbulos y demás se han convertido en gimnasios⁸, oficinas o aulas... Aquí el concepto de *affordance* de Gibson se convierte en una idea estratégica para entender el mecanismo relacional que cualquier ser humano establece con su entorno y cómo las agentividades humanas y no humanas se hibridan para generar un modo de vida diferente.

⁸ Durante la pandemia, en casos extremos, los espacios domésticos de paso se transformaron en recorridos improvisados donde correr una maratón, como en el caso de un joven italiano: <https://www.youtube.com/watch?v=FyNV1hzoKoY>

La pandemia ha demostrado que los entornos en los que vivimos son siempre espacios negociados entre humanos y no humanos, a pesar de las instancias impositivas de ciertas formas de hacer arquitectura: de hecho, a pesar de que las intenciones de diseño tienden a ser prescriptivas y normativas, la construcción de los lugares siempre se produce gracias a un proceso de negociación entre varios actores.

Bibliografía

Burgio, G., Living Sphere (2021). *Introducing Living Sphere. An Open Manifesto on Different Ways of Thinking Architecture*. Lenforte: Siké.

Descola P. (1986). *La nature domestique. Symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar*. Paris: Editions de la Maison des sciences de l'homme.

Gibson J. J. (1979). *The Ecological Approach to Visual Perception*. Boston: Houghton Mifflin Company.

Haraway D. (2016). *Staying with the Trouble. Making Kin in the Chthulucene*. Durham: Duke University Press.

Ingold T. (2016). *The Life of Lines*. Abingdon, New York: Routledge.

Janson A., Tigges F. (2014). *Fundamental Concepts of Architecture: the Vocabulary of Spatial Situation*. Basel: Birkhäuser Verlag.

Latour, B., Yaneva, A. (2008). "Give Me a Gun and I Will Make All Buildings Move: An Ant's View of Architecture", in Gesier, R.(ed.). *Explorations in Architecture: Teaching, Design, Research*. Basel: Birkhäuser Verlag, pp. 80-89.

Morton T. (2016). *Dark Ecology. For a Logic of Future Coexistence*. Columbia University Press: New York.

Tsing L. A. (2015). *The Mushroom at the End of the World. On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton University Press: Princeton and Oxford

Yoshiharu Tsukamoto Laboratory, Tokyo Institute of Technology (2011). *WindowScape. Window Behaviourology*. Singapore: Page One.

Gianluca Burgio (gianluca.burgio@unikore.it) PhD, Profesor Titular de Proyectos Arquitectónicos en la Universidad de Enna “Kore”. De 2005 a 2010 fue profesor Escola d’Arquitectura del Vallès de la Universitat Politècnica de Catalunya - Barcelona Tech. Colabora con la ETSAV-UPC, donde ha sido profesor visitante en varias ocasiones. Desde 2017, es Associate Editor de la revista PhD Kore Review, publicada por la Universidad de Enna. Con el grupo Living Sphere en 2021 ha publicado un libro cuyo título es: *Introducing Living Sphere. An Open Manifesto on Different Ways of Thinking Architecture*.

Living Sphere (info@livingsphere.it) es un grupo de investigación fundado en 2019 por Gianluca Burgio junto a Deborah Giunta, Antonio Cali y Marco Graziano, que experimenta un enfoque alternativo a la arquitectura y, en general, al entorno en el que vivimos, centrandó su campo de investigaciones sobre la agency de las cosas y la relaciones ecológicas entre entidades humanas y no humanas. Gianluca Burgio + Living Sphere (en colaboración con AC-Acustica) han sido invitados a participar en la Biennale di Venezia 2021, que se celebra desde mayo hasta noviembre de 2021. El grupo ha presentado una instalación titulada “Living the Invisible” y un vídeo titulado “A Journey Around a Room”.